

Santidad, como supo lo que pasaba, tuvo el sentimiento que era razon, y mandó á los cardenales deputados para la reformation de Roma (que eran varones muy señalados) que tratasen este negocio con mucho cuidado, é inquiriesen y examinasen muy por menudo todas las cosas que se oponian á la Compañía. Hacen los cardenales su oficio, llaman á los que habian sido autores de los libelos infamatorios, mándanles que prueben lo que en ellos se contenia, y sin llamar á ninguno de los nuestros, ni darles parte de cosa, hacen muy diligente pesquisa de su vida y costumbres. Fué cosa maravillosa y propia de la mano de Dios que en una ciudad y córte de Roma, habiéndose buscado con tanta pasion y examinándose con tanta diligencia y cuidado tantos testigos, algunos echados de la Compañía, otros salidos con poco contento del colegio Germánico, otros por otros respetos poco aficionados y devotos de nuestra religion (que éstos fueron los testigos que presentaron los autores de los libelos), callando los nuestros y no sabiendo lo que pasaba, los adversarios de la Compañía por sus mismos dichos fueron convencidos de su falsedad y calumnia, y la Compañía y los principales padres della, que habian sido infamados y calumniados, con la informacion que se tomó, y la verdad que con ella se descubrió, fueron conocidos por lo que eran, y tenidos en más. Finalmente, llevado al cabo el negocio, y apurado y cernido muchas veces, el Papa impuso silencio á los que habian hablado mal, y quitó el oficio y renta que tenia cierta persona, que habia sido el principal autor y como caudillo de los demas, y queriendo echarla en la cárcel, á suplicacion de la Compañía dejó de hacerlo, á la cual su Santidad y los cardenales jueces dieron el parabien desta vitoria y de lo que nuestro Señor habia sacado della, que fué el conocerse más la fuerza que tiene la virtud y la verdad fundada en Dios, por más cercada, combatida y perseguida que sea con todos los ardis y máquinas de sus enemigos. En esta tempestad fué maravillosa la paz, constancia y seguridad del padre Lainez, y la fuerza que tuvo su oracion para con Dios, y su prudencia para con los jueces, y su blandura y mansedumbre para con sus contrarios y enemigos; porque no los tenia ni trataba como á tales, sino como á bienhechores, que no queriendo, hacen más bien de lo que piensan á los que persiguen.

## CAPÍTULO XI.

Los breves que el padre Pio IV escribió al Emperador y á otros principes sobre este negocio.

Para que la fama que se habia divulgado contra la Compañía, y las mentiras que se habian extendido y dilatado por Alemania y otras provincias no creciesen más con los soplos y vientos de los herejes (los cuales, así como hacen cruel guerra á nuestra madre la santa Iglesia católica romana, así tambien persiguen á los de la Compañía y á los otros religiosos en todas las maneras que

pueden, por parecerles que son los que resisten á su furiosa temeridad), escribió su Santidad breves al emperador Maximiliano Segundo deste nombre y á los otros principes católicos del imperio, eclesiásticos y seglares, dándoles cuenta de lo que pasaba, y de la verdad y sinceridad de la Compañía, y rogándoles y encargándoles que la favoreciesen y amparasen. Y por haber sido este negocio muy grave, y tal que para quebrantar el orgullo é impetu de los autores desta tempestad, y deshacer sus falsedades y calumnias, fué menester que su Santidad interpusiese su autoridad y diese testimonio de lo que la Compañía hace y profesa, quiero poner aquí el breve que sobre esto escribió al emperador Maximiliano, del cual se sacaron los demas que escribió á los electores eclesiásticos y otros principes católicos de Alemania; porque, aunque con diversas palabras, todos contienen la misma sustancia.

## PIO PAPA IV.

*Al carísimo en Cristo nuestro hijo Maximiliano, ilustré rey de Hungría y de Bohemia, y electo emperador de los romanos.*

«Carísimo en Cristo hijo nuestro, salud, etc. Venido ha á nuestra noticia que algunos hombres, olvidados del temor de Dios y descuidados de su propia conciencia, ciegos con la envidia y con la pasion de sus malos deseos, han publicado y sembrado por muchas partes ciertos libelos infamatorios, llenos de denuestos, baldones é infamia contra toda la religion de la Compañía de Jesus, y señaladamente contra algunas personas más principales della, que son más conocidas y estimadas. Cierto que nos ha pesado mucho que se oscureciese la fama y se menoscabase el buen nombre y estimacion de una religion que ha servido tanto y sirve con tan grande fruto á la santa Iglesia católica. Y hanos parecido que no solamente se le hacia á ella agravio, pero que el demonio pretendia estorbar con estas calumnias las buenas obras en que por todas las partes del mundo se ocupan estos padres. Y porque habemos sabido que estos libelos infamatorios se han extendido, no solamente por Italia, sino que tambien se han derramado y publicado por Alemania, y que han llegado á oídos de vuestra majestad, nos ha parecido hacerle saber que para entender más de raiz la verdad, encomendamos este negocio á algunos de nuestros hermanos del colegio de los cardenales, varones muy graves, para que hiciesen diligente pesquisa, y tomasen informacion de todo lo que contra la dicha órden en general, y contra las particulares personas della que hay en Roma se ha dicho. Y ellos, despues de haber hecho su oficio con todo cuidado, y averiguado la verdad, nos han certificado que todo cuanto se ha dicho ha sido falsedad y mentira, inventada de sus adversarios y maldicientes para infamarla y hacerla odiosa; por lo cual, no solamente nosotros y todos los cardenales nos ha-

«bemos confirmado en la buena opinion que ántes teniamos de la buena vida y santas costumbres de los padres deste colegio y de los píos y loables institutos de toda esta Compañía, pero aún más se ha acrecentado y doblado esta nuestra opinion, viendo que con este diligente y cuidadoso exámen se ha descubierto más la inocencia y bondad destos padres y la luz de la verdad. «Escribimos esto á vuestra majestad, así por dar el testimonio que debemos á la virtud y á la verdad, como para que sepa vuestra majestad que no ha de creer ni dar fe ninguna á aquellos papeles desvergonzados que contra ellos se han publicado, y tambien para pedir y encargar á vuestra majestad que, pues sabe que todos los que quieren vivir santa y religiosamente han de tener en este mundo maldicientes y perseguidores que los ejerciten y prueben, como los tuvo Jesucristo nuestro Redentor, favorezca, como justo y católico y sabio principe, á la inocencia y virtud de los padres desta Compañía, y mande que sus calumniadores no tengan fuerza para estorbarlos ni ponerles obstáculo para que no lleven adelante el cuidado que hasta ahora han tenido y tienen de servir afectuosamente á la honra de nuestro Señor y al provecho de las almas. Y vuestra majestad defienda y ampare todos los colegios que tienen en Alemania y en las otras sus tierras y señoríos, así por guardar su acostumbrada piedad y celo de la gloria de Dios, como por el respeto y reverencia que debe á esta santa Sede Apostólica, que se lo encomienda. Que por este cuidado y patrocinio que dellos tomará vuestra majestad, recibirá tanto mayor galardón de la mano de nuestro Señor, cuanto, por ser amparados y defendidos con él, podrán estos padres con mayor libertad y descanso emplearse todos en el servicio de nuestro Señor y en el aprovechamiento de las almas. Dada en Roma, en San Pedro, etc., á los veintinueve de Diciembre de mil y quinientos y sesenta y cuatro, en el quinto año de nuestro pontificado.»

Este fin tuvo la persecucion que por causa del seminario de Roma se levantó contra la Compañía, la cual, puesto que fué terrible y peligrosa, por tratarse en un tribunal de tanta majestad por los adversarios de la Compañía, sin saber los della lo que se trataba, todavía el Señor, cuya era la causa, amparó y defendió la inocencia y la verdad de los que tan sin culpa eran infamados, por las oraciones, merecimientos y buena industria del padre Lainez.

Antes desta borrasca, habiendo muerto el Cardenal de Carpi, que era dean del sacro colegio y protector de la Compañía, estando el Papa en Frascati, y viniendo un dia á ver el colegio que tenemos en aquella ciudad, y tratando de quién seria protector de la Compañía, dijo al padre maestro Lainez, que estaba presente, que no era su voluntad que ningun cardenal lo fuese, porque su Santidad mismo lo queria ser, como antigua-

mente lo hizo Alejandro IV con la órden del seráfico padre San Francisco (1).

## CAPÍTULO XII.

La muerte que un clérigo dió al rector del colegio de Bivona, de la Compañía de Jesus.

En este mismo tiempo sucedió en el reino de Sicilia un caso, que por ser tan extraordinario y extraño, me ha parecido ponerle aquí, para que los que le leyeren alaben á nuestro Señor por la merced que en ello hizo á la Compañía, y sepan todos cuán aborrecible es á los malos la virtud, y que no solamente entre los herejes y paganos, sino tambien entre los cristianos y católicos, se ofrecen ocasiones de derramar la sangre por ella. Entre los otros colegios que tiene la Compañía en Sicilia, es uno el de Bivona, que fundó doña Isabel de Vega, hija de Juan de Vega y mujer de don Pedro de Luna, duque y señor de aquel estado. Era rector deste colegio un padre, italiano de nacion, llamado por nombre Pedro Venusto, hombre muy blando de condicion y amoroso, y muy gran siervo de Dios y deseoso de agradarle de veras, y de hacer bien á todos los de aquel pueblo y estado, como en efecto lo hacia. Habia en él un clérigo, hijo de un hombre honrado y virtuoso de Bivona, pero en la bondad muy desemejante á su padre; el cual habia recibido muchas y muy buenas obras del padre Pedro Venusto (como el mismo Duque de Bivona, estando yo en este tiempo en Sicilia, me contó), y entre ellas fué una y muy principal, que siendo el clérigo de muy escandalosa vida, este buen padre le amonestaba, avisaba y reprehendia, echando con blandura y severidad aceite y vino para curar sus llagas. Por estas y otras semejantes obras, que bastaban á cautivar cualquiera corazon que no fuera el suyo, él le traia sobre ojos y no le podia tragar. Supo que el vicario del Obispo habia mandado que le prendiesen, y creyendo que esto nacia de aquel que él tenia por enemigo, porque tanto deseaba verle amigo de la virtud, se determinó de darle la muerte, y con ella el pago de todos los trabajos y cuidados que el padre habia tomado para enderezarle en el camino de la vida. Y así, un juéves, á diez y nueve de Octubre del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, á las tres horas de la tarde, entendiendo que el buen rector habia ido á ver una viña que tiene aquel colegio, media legua fuera del pueblo, le salió al camino y se escondió tras una mata, acechándole y arrojándole el lazo donde cayese. El rector volvia de la viña rezando, y le vió y le saludó; y él, por respuesta, dejándole pasar, le dió á traicion, por detras, con una cimitarra, tres golpes tan grandes en la cabeza, que se la abrió, y dejándole caido y boqueando en el suelo y lleno de sangre, echó á huir. Poco despues sobrevinieron ciertos hombres devotos del colegio, que venian de sus heredades, y hallándole herido, invocando el nombre santi-

(1) En la *Cronica de San Francisco*, lib. I, cap. LVII.

simo de Jesus, corrieron á él, y con muchas lágrimas le abrazaron y le preguntaron si conocia al malhechor, y respondiendo él que sí, le tornaron á preguntar quién era; pero él, como quien tan bien se acordaba de la doctrina de nuestro Salvador, y del ejemplo que nos dió en la cruz, suplicando al Padre que perdonase á los que le habian puesto en ella, nunca lo quiso decir, ni otra palabra sino: «Dejadle ir; nuestro Señor le perdone»; y esto dió por respuesta cuatro veces que se lo preguntaron. Y tornándose á encomendar á nuestro Señor y á decir: «Jesus, Jesus», dió con este dulcísimo nombre su espíritu al que por salvarle habia dado el suyo al eterno Padre. Habia el buen padre dicho misa aquel día, porque tenia costumbre de decirlo todos los días, y el día ántes, que fué el del glorioso San Lucas Evangelista, habia declarado á los padres y hermanos de su colegio aquellas palabras del Señor que dicen en el Evangelio: *Ecce ego mitto vos, sicut oves in medio luporum*: Mirad que os envío como ovejas entre lobos. Y pocos días ántes, estando juntos todos los de casa, les preguntó con qué linaje de muerte desearian morir, si nuestro Señor les hiciese merced de darles la corona de martirio, y respondiendo cada uno conforme á su devocion, él dijo que la suya sería que le fuese cortada la cabeza, para imitar á los bienaventurados san Juan Bautista y san Pablo, que habian sido tan grandes privados de Jesucristo nuestro Redentor. Y así, parece que le hizo merced que fuese herido en la cabeza y muriese, como algunas veces la suele hacer á los que con santa vida la han merecido; y la vida deste padre habia sido tal, que parecia merecedora desta gracia y misericordia del Señor; porque, habiendo nacido en la extrema parte de Lombardia, que confina con los Grisonos y está debajo de su señorío, entró en la Compañía el año de mil y quinientos y cuarenta y seis, á los ventidos ó ventitres de su edad. Y habiendo hecho su primera probacion en Roma, y ejercitándose en la humildad, mortificacion y abnegacion de sí mismo, conforme á nuestro instituto, fué despues enviado á estudiar á Padua, donde yo le conocí y traté algunos años, dando muy buen ejemplo de sí en la obediencia, devocion, caridad y todas las demas virtudes religiosas. Y aunque en aquellos principios no le servia tanto el ingenio como á otros, todavía su buena voluntad y el deseo de obedecer le daban fuerzas para vencer los trabajos que en los estudios se le ofrecian. Fué despues enviado, el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, á Sicilia con los demas que fuimos á fundar el colegio de Palermo, adonde repartiéndonos la santa obediencia á cada uno de nosotros su oficio, á él le cupo el tener la escuela de los mínimos y enseñar á los niños, como lo hizo algunos años con mucha caridad, paciencia y diligencia; procurando con todo cuidado que se criasen con la leche del amor y temor santo de nuestro Señor, y que desde aquella tierna edad comenzasen á aprender y gustar de los medios con los cuales en esta vida se alcanza la

gracia de Dios, y en la otra la bienaventuranza, que es lo que en semejantes ejercicios principalmente pretende la Compañía. En este tiempo se ordenó de misa, con la cual, y con algunas confesiones que oia y pláticas espirituales que hacia, comenzó á dar mayores muestras de su talento y bondad, y á ganar más los corazones de la gente que trataba para Dios. Pasados algunos años, le hicieron maestro de nuestros novicios, á los cuales enseñó con mucha caridad y gravedad, mezclada con afabilidad y blandura. Habia en Palermo, en este tiempo, un monesterio de monjas, que tenia ruin fama, y deseando el virey Juan de Vega y el Arzobispo de Palermo, á cuya obediencia estaba sujeto, que se reformase por nuestra mano, ó por mejor decir, que se comenzase y plantase de nuevo otro en el mismo convento, para que en él se recogiesen muchas doncellas nobles que habia muy encendidas del amor de Dios, y con muy vivos deseos de consagrarle su limpieza y de servirle en estado de perfeccion y santidad, fué escogido el padre Pedro Venusto para dar principio á esta obra tan santa, y dióle con tanta gracia y espíritu del Señor, que de aquel buen cimiento ha venido á crecer tanto aquel monesterio y á dar tan buen olor de sí, que es un espejo y dechado de santidad y vida verdaderamente religiosa. Habiendo pues sido probado por tantas maneras, y ejercitándose en tan diversas obras y ministerios, y con tanta edificacion, fué enviado (como habemos dicho) por rector del colegio de Bivona; el cual oficio hizo con mucha caridad, prudencia y solicitud, no solamente procurando que los que estaban á su cargo se esmerasen en toda virtud y perfeccion, yendo él delante con su ejemplo, mas tambien ayudando al pueblo en confesiones, sermones, exhortaciones públicas y particulares en lo que tocaba á sus almas, y en lo temporal dando la mano y ayudando á cada uno en lo que podia. Lo cual hacia con tanta caridad y cuidado, que era tenido por padre de los huérfanos, arrimo de las viudas, remedio de los desamparados, consuelo de los afligidos y amparo de todos los necesitados y menesterosos. Pero, porque el bien no puede agradar á los malos, ni la virtud á los que están abrazados con sus vicios, y la lumbre del sol, que da alegría y deleite á los ojos sanos con su resplandor, da tambien pena á los lagafiosos y enfermos, no es maravilla que obras tan buenas y de tanta caridad desagradasen á algunos que eran enemigos dellas y de todo recogimiento y virtud. Entre los cuales, el principal, y como capitán de todos, fué este clérigo desventurado, que en lugar de reconocer la buena obra que el padre Pedro Venusto le hacia en amonestarle y corregirle de sus vicios, se volvió, como frenético y furioso, contra el médico que le curaba, y dió (como habemos dicho) la muerte al que con tantas véras procuraba darle la vida. Halláronle los nuestros tendido en el suelo con sus heridas, bañado en su sangre; trujéronle á su colegio, saliendo todo el pueblo con grandes llantos y alaridos á verle y recibirle, llo-

rando todos con tan grande amargura y tristeza su muerte, como si fuera padre de cada uno dellos, diciendo muchas y grandes alabanzas del padre, conforme á su afecto y devocion. Que es grande testimonio de su buena vida, por ser aprobacion de todo un pueblo, que tantos años tan particularmente le conoció y trató. El día siguiente le llevaron á la iglesia principal de Bivona, y en ella todas las religiosas y clérigos y toda la gente honrada y la popular, con grande llanto y sentimiento celebraron las exequias, y porfieron gran rato que se enterrase en algun lugar eminente y honrado en aquella iglesia; mas los nuestros le enterraron en la suya. Creyeron muchos que luégo los nuestros se habian de partir de Bivona y desamparar aquel colegio, por parecerles el caso muy nuevo y extraño. Pero despues, viendo la paciencia, mansedumbre y alegría de nuestros padres y hermanos, se edificaron mucho, y más cuando supieron que por parte de la Compañía se habian hecho grandes diligencias por aquel pobre hombre, que ciego con la pasion, habia salido de sí. Y parece que aquella tierra, despues que fué regada con la sangre deste siervo del Señor, ha sido más fértil y ha dado fruto de más copiosa y colmada cosecha. Esta fué la muerte de nuestro rector del colegio de Bivona. Digamos ahora la del padre Lainez, y ántes la fundacion de algunos colegios que se hicieron en este tiempo.

## CAPÍTULO XIII.

Fundacion de algunos colegios.

El colegio de Dilinga, que el Cardenal de Augusta habia comenzado, por consejo y parecer del padre maestro fray Pedro de Soto, de la órden de Santo Domingo, y del doctor Olave (como arriba dijimos), para reparar en Alemania nuestra santa y católica religion, y por los estorbos que hubo no pasó adelante, se dió á la Compañía, el año de mil y quinientos y sesenta y tres, para que en él hiciese por sí y por sus hijos (que son muchos) lo que otros, por ser pocos, no habian podido hacer.

En el reino de Polonia asimismo se extendió la Compañía; porque Estanislao Hosio, polono de nacion (que por sus grandes merecimientos de piedad, doctrina y prudencia vino á ser obispo varmiense y cardenal de la santa Iglesia de Roma), despues de haber presidido en el santo concilio de Trento, como legado de la Sede Apostólica, en tiempo del papa Pío IV, quedó tan aficionado á los padres maestro Lainez y maestro Salmeron, y tan devoto al instituto de la Compañía, que acabado el concilio, luégo el año siguiente de mil y quinientos y sesenta y cuatro hizo en su obispado varmiense, en Bransberga, un colegio della, para que toda la provincia de la Prusia que es del reino de Polonia, y muy necesitada de doctrina, fuese enseñada y cultivada con la mano, industria y celo de los nuestros.

En este año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, á los diez de Setiembre, se envió la gente de Roma para fundar el colegio de Milan, que comen-

zó y acabó el cardenal Carlos Borromeo (1), arzobispo de aquella ciudad, el cual, por el gran celo que como vigilante y santo pastor tenia del bien de sus ovejas, entre otros muchos y loables medios que tomó para darles pasto sabroso y saludable, fué uno el fundar en Milan colegio de la Compañía. Estuvo este colegio muchos años en la iglesia de San Fidel; pero despues, quedando en aquella iglesia la casa profesa, que de nuevo se hizo, se pasó el colegio al convento de Breda, que era principalísimo y como cabeza de la religion de los humillados. La cual, habiendo largos años florecido en religiosa observancia, y tenido muchas casas y renta, al fin se relajó y estragó de manera, que el papa Pío V, de santa memoria, la deshizo y extinguió.

En la misma provincia, á los diez de Octubre, se envió la gente de Roma para la fundacion del colegio de Parma; el cual Otavio Farnesio, duque de aquel estado, procuró que se fundase por su particular devocion y por la que toda la casa Farnesia siempre tuvo á la Compañía, con singular benevolencia y proteccion.

Enviáronse asimismo, á primero de Octubre deste mismo año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, los padres y hermanos que comenzaron el colegio de Catanzaro, ciudad de Calabria, en la provincia de Nápoles; el cual colegio pidió la misma ciudad, por el gran fruto que se hacia con los ministerios de la Compañía en aquel reino, y por el buen olor que por todas partes se derramaba de su santa vida y doctrina.

En el mismo reino de Nápoles se dió principio, este año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, al colegio de Rixoles de Calabria, aplicándosele la iglesia de San Gregorio, templo antiguo y cómodo para nuestros ministerios. Aceptó la Compañía este colegio en aquella ciudad, porque habian predicado en ella, algunos años ántes, ciertos sembradores de zizafia y de mala doctrina, y por la vecindad de Santa Agueda, donde habia habido algunos herejes que la habian estragado. Encorpórese este colegio en la provincia de Sicilia, para que el provincial della le gobernase, por estar Rixoles tan cerca de Mecina, que no hay sino el estrecho y faro en medio, y tan apartada de la ciudad de Nápoles, que no pudiera visitarle el provincial de aquella provincia sin gran trabajo.

En la provincia de Andalucía se dió este mismo año principio al colegio de Cádiz. Porque habiendo venido á ella con cierta ocasion los padres Diego Lopez y Gregorio de Mata, y posado en la casa de los niños de la doctrina, fué tanto lo que movieron la gente con su ejemplo, que luégo trató de fundar un colegio de la Compañía y traerla á su ciudad, en la cual hasta aquel tiempo no habia querido admitir ninguna otra religion. Y los dos cabildos, de la iglesia y de la ciudad, con gran vo-

(1) Cuando esto escribia el PADRE RIVADENEIRA, aún no estaba beatificado, como tampoco san Pío V, á quien nombra luégo.

luntad ofrecieron renta para la fundacion del colegio, y con la misma le han ayudado para su progreso y aumento. El primer retor fué el mismo padre Diego Lopez, varon de gran religion y ejemplo, que despues de haber servido al Señor algunos años en la Compañía, murió santamente siendo retor del colegio de Méjico.

Para la ciudad de Callar, en el reino de Cerdeña, partieron de Roma, á los veinte de Setiembre deste año, los primeros padres que asentaron el colegio que (como arriba se dijo) tenemos en aquella ciudad.

## CAPÍTULO XIV.

De la muerte del padre Lainez.

Andaba en este mismo tiempo el padre Lainez muy flaco y fatigado de una recia y larga enfermedad, que se le habia recrecido de tantos años de continuos y pesados trabajos, de estudios, sermones, caminos, cuidados y negocios graves que habia tenido en el gobierno de la Compañía y de fuera. Y hallándose un poco mejor, quiso tornar á predicar, para morir, como buen soldado peleando y con las armas en las manos; y hizolo así; mas luego volvió á estar peor, y agravándosele la enfermedad, lo hubo de dejar, pero muy de mala gana. Porque era tan grande su caridad, y el deseo que tenia de ayudar con su doctrina á las almas, que sacaba fuerzas de flaqueza y queria hacer más de lo que podia. Estando en esta disposicion, supo que se hacia continua oracion á nuestro Señor por su salud y vida, y que no solamente los de la Compañía, sino tambien los de fuera (de los cuales era entrañablemente amado), andaban en romerías, haciendo rogativas y plegarias por él. Pesóle mucho desto, como quien deseaba ser desatado deste miserable cuerpo mortal, y gozar presto de aquella amorosa y bienaventurada vista de su Señor. Y porque le parecia que era siervo de la Compañía inútil (como él decia) y desaprovechado, y que ocupaba el lugar de otro prepósito general más suficiente y cuidadoso, y que mejor que él la pudiera gobernar; y con este sentimiento dijo: *Ut quid ego adhuc terram occupo?* Para qué me estoy todavía en la tierra y la ocupo sin provecho? Creeia cada dia más la enfermedad, sin esperanza ninguna de remedio, por muchos que se habian usado. Y así, á los dieciseis de Enero, despues de haberse confesado con grande contricion, dijo que le trujesen de la iglesia el sacratisimo cuerpo de Cristo nuestro Redentor, el cual recibió por viático con maravillosa reverencia y devocion. El dia siguiente envió á encomendar la Compañía al pontifice Pio IV (de la cual poco ántes su Santidad se habia ya encargado y tomado la proteccion), y á pedirle su santa bendicion é indulgencia plenaria, y remision de sus pecados para aquel trance; y su Beatitud lo hizo todo como se le suplicó, con grande sentimiento y voluntad. Despues pidió la extremauncion, y quiso que le ungiesen y armasen con aquel santo sacramento, como quien se aparejaba para lu-

char y pelear con su enemigo. En acabando de tomarle con grande fortaleza y constancia de ánimo, despreciando esta vida presente y deseando la perdurable, se puso en oracion, hablando con nuestro Señor muy suave y amorosamente; y con la paciencia que en aquel punto tenia, y con la alegría y fervor de espíritu, enseñaba en la muerte lo que con su doctrina y santas costumbres habia enseñado en toda su vida. Fueron á él los padres asistentes, y otros padres de los más graves que habia en Roma, y pidieronle que nombrase vicario general; y él, ó por su humildad, ó por seguir en esto el ejemplo de nuestro beatísimo padre Ignacio (que no le nombró), ó por lo uno y por lo otro, dijo que no le queria nombrar. Rogaronle despues los padres que echase á ellos y á toda la Compañía su santa bendicion. El entónces alzó los ojos al cielo, y levantadas las manos, suplicó afectuosamente á nuestro Señor que él, que es fuente y causa de toda santidad, desde el trono de su soberana Majestad echase su santa bendicion sobre toda la Compañía, y como á una nueva y tierna planta que él se habia dignado plantar en el vergel de la santa Iglesia, y con tanto regalo habia hasta aquel punto tenido de su mano, y dilatado por todas las partes del mundo, se dignase santificarla y defenderla, y acrecentarla, así en el número de los sujetos, como principalmente en el merecimiento y virtud dellos. Y volviéndose á los padres con rostro blando y grave, les dijo: «Miren, padres, que á ellos tambien les encomiando la Compañía; guárdense, padres, de toda ambicion y de cualquiera discordia y desunion de corazones, y del desordenado afecto y pasiones que suele haber entre unas naciones y otras.» Y con pocas más palabras que dijo, pero de mucho peso y sustancia, con que los enseñó á hacer bien su oficio y á mirar por la Compañía, sintiendo mucha dificultad en el respirar y en el hablar (porque se le levantaba el pecho), calló. Estaba entre los otros padres allí presente el padre Francisco de Borja, y el padre Lainez enclavó los ojos en él, y le miró con un semblante y con una mirada tan atenta, blanda y amorosa, que se reparó en ello, y parece que con ella le decia que tuviese él más particular cuenta con la Compañía, pues habia de ser su sucesor y prepósito general. Despues estuvo cuarenta y cuatro horas con los sentidos como dormidos y ocupados, mas con el corazon despierto y velando; y así, á los diecinueve de Enero, á dos horas de noche, lleno y cargado de santas obras, acabó su carrera y dió su alma al Señor, el año de mil y quinientos y sesenta y cinco, á los cincuenta y tres de su edad; dejando á todos sus hijos un vivo ejemplo de todas las virtudes que imitar, y á ellos y á toda la corte y ciudad de Roma tan grande sentimiento con su muerte, que cardenales y personas muy graves, que habian estado muchos años en ella, decian que nunca habian visto morir en Roma hombre con tan grande dolor y sentimiento universal de toda la corte, en la cual, así como fué en vida extraordinariamente

amado y estimado, así su muerte causó extraordinaria ternura y dolor. Y el cardenal Alejandrino, fraile de Santo Domingo, que despues fué papa y se llamó Pio V, cuando supo la muerte del padre Lainez, dijo que la santa Sede Apostólica habia perdido la mejor lanza que tenia para su defensa. Fué enterrado en nuestra iglesia de Roma, al lado de la epistola del altar mayor, y junto á su padre y maestro Ignacio, que estaba á la otra parte del evangelio (1).

## CAPÍTULO XV.

Las honras que hicieron algunos señores al padre maestro Lainez.

No solamente en Roma se sintió la muerte del padre maestro Lainez, de la manera que habemos dicho, pero en toda la universal Compañía causó tristeza y dolor, porque era amado de todos sus hijos como verdadero y amoroso padre. Y ánn muchos señores y principes, que tenian devocion con su santa persona, dieron muestras de lo mucho que le amaban y estimaban; entre los cuales, fueron dos los que más se señalaron, uno eclesiástico y otro seglar. El eclesiástico fué Oto Truchses, obispo de Augusta y cardenal de la santa Iglesia de Roma, el cual habia tenido muy estrecha amistad y comunicacion con el padre Lainez; y estando en su villa de Dilinga, en Alemania, cuando supo el fallecimiento del padre, tuvo gran sentimiento y ternura, llorando la pérdida de tan buen amigo y de tan valeroso defensor de la santa Iglesia, y á los dieciseis de Febrero vino á nuestro colegio, que el mismo cardenal (como se dijo) habia fundado, y comió en el refectorio con los padres y hermanos, sin querer que se le diese otra cosa más de lo que á ellos se daba; y aquel dia el mismo cardenal por su persona quiso hacer las honras al padre con grande solemnidad, levantando un túmulo cubierto, no de luto, como comunmente se usa, sino con paños de seda colorados; porque decia el buen cardenal que en las honras de semejantes varones más habiamos de mostrar alegría por su gloria, que tristeza por nuestra pérdida. Y el dia siguiente, vestido de pontifical, dijo la misa por el ánima del difunto, é incensó el túmulo, y hizo las demas ceremonias que en semejantes oficios se acostumbran. Acabada la misa, se hizo una oracion en alabanza del padre, contando sus muchas y excelentes virtudes, y los continuos y tan provechosos trabajos con que tantos años y en tan diferentes partes habia servido á la santa Iglesia. Y despues de acabado el oficio, el mismo cardenal, pareciéndole que el orador habia quedado corto en contar las alabanzas del padre, añadió otras de cosas particulares que él sabia, entre las cuales fué el haber rogado é importunado con grande instancia al mismo cardenal que procurase con todas sus fuerzas que el papa Paulo IV no le diese el capelo, y el sobresalto que tuvo, y la prisa y pavor con que huyó del concla-

(1) El cadáver fué traído despues á Madrid y enterrado en la capilla de San Ignacio, hoy de la Soledad, donde tiene un elegante epitafio latino.

ve cuando, á peticion del mismo cardenal de Augusta, fué llamado á él, y entendió que algunos cardenales trataban de hacerle papa (como arriba queda declarado). Con esta demostracion dió á entender el Cardenal de Augusta lo que habia querido al padre Lainez, y la estima que tenia de su santidad y gloria, y el poco caso que hacia de los escarnios y baldones de los herejes, que no podian llevar en paciencia tanta piedad. Tambien el marqués de Almazan, don Francisco de Mendoza (que despues de haber sido muchos años embajador del rey don Felipe en la corte del Emperador, y su virey y capitán general en el reino de Navarra, murió siendo de su consejo de Estado y presidente del de Ordenes), por su gran piedad y devocion á la Compañía, y por la amistad particular con la persona del padre maestro Lainez, cuyos padres fueron vasallos y principales criados de su casa, quiso honrar su memoria; preciándose y honrándose el Marqués mucho, y con gran razon, de que hubiese salido de su villa de Almazan un varon tan insigne, el cual con su santidad y admirable doctrina, no solamente habia ilustrado su religion, sino tambien servido y defendido en tantas maneras la santa Iglesia católica. Para esto mandó el Marqués hacer túmulo suntuoso en una parroquia donde están enterrados algunos señores de aquella casa, y armóse el túmulo sobre las sepulturas de aquellos mismos señores. Convocó de toda aquella comarca muchos religiosos de varias religiones, y muchos criados y deudos y allegados de su casa, y con la mayor solemnidad que fué posible, y como si el padre maestro Lainez fuera señor della, celebró sus honras; mostrando con este hecho lo que estimaba su santa persona y el haber nacido en su tierra, y su devocion para con la Compañía, de la cual en todos tiempos y lugares fué singular protector.

## CAPÍTULO XVI.

De la estatura de su cuerpo, y de su ingenio, estudios y doctrina.

Fuó pequeño de cuerpo, de color blanco, aunque un poco amortiguado, de alegre rostro, y con una modesta y apacible risa en la boca, la nariz larga y aguileña, los ojos grandes y vivos y muy claros. Fué de delicada complexion, aunque bien compuesto, y ancho de pecho, y no menos de corazon. Fué desde mochacho quebrado, y despues, siendo ya hombre, muy fatigado de la ijada y riñones, y algunas veces, aunque pocas, de gota. Su ingenio fué excelente, grande, agudo, profundo, vehemente, claro, firme y robusto. Entendia con tan gran presteza y claridad las cosas, que parecia que no usaba de discurso, sino que las comprendia con alguna ilustracion divina y con simple apprehension. Tenia una sed insaciable de leer; y así, leia continuamente, y pasaba libros, sacando y escribiendo en sus cartapacios, de su mano, lo que le parecia bueno dellos. Estaba tan asido al estudio de las letras sagradas, que no se podia desasir dél sino con muy grande causa; y así, con esta inclina-

cion y excelencia de ingenio que tenia, y con la continuacion y conato que ponía, y con aquella luz soberana que le daba el Señor, vino á leer y á sumar y recopilar casi todos los autores de casi todas las dificultades, y á ser tan eminente en todo género de letras como fué, sin habérselo podido estorbar las muchas y muy graves ocupaciones, tan contrarias al estudio, que tuvo toda su vida, sirviendo á la Iglesia y ayudando al bien comun. Porque cierto, mirando los autores que leyó, y lo que supo, y las ocupaciones y trabajos que tuvo, andando tantos años en suma pobreza por hospitales, y no estando de asiento en un lugar, parece cosa increíble, si Dios nuestro Señor particularmente no le hubiera favorecido é infundido gran parte de lo que sabía, para que con ello más le sirviese é ilustrase la Compañía. Y pasando en silencio otras cosas que en confirmacion desto se podrian escribir, basta decir que estando en el colegio de Padua, y siendo retor, y predicando y confesando, y atendiendo á otros negocios graves, le acontecia pasar un tomo de las obras del Tostado en muy pocos dias, y hacer extracto dél con extremada exacion y diligencia; y que predicando y ayudando cada dia de una cuaresma en Basan, pasó en ella todos los tomos de los concilios. Y este pasar y hacer extracto de los libros que leía, no era sin atencion y consideracion; ántes me decía á mí el padre maestro Salmeron que cuando leía y trasladaba lo que el padre Lainez había escrito y sacado de los libros, que muchas veces hallaba algunas palabras ó sentencias, y que, por no entender él á qué propósito las hubiese escrito, se lo preguntaba al mismo padre, y que él respondía: «Con esta sentencia y palabras se confuta la tal herejía, y se confirma lo que se determinó en tal concilio, y se responde á la tal objecion»; y otros propósitos admirables que había tenido en escribirla, en los cuales el padre Salmeron no había caído. Mostró bien la grandeza de su ingenio y doctrina en los sermones que predicó por toda Italia, y en las disputas que tuvo con los herejes en Francia, y en las respuestas que dió, de palabra ó por escrito, á muchas dudas de cosas gravísimas que se le preguntaron, y más particularmente en el concilio de Trento, de la manera que queda escrito. Siendo niño, tuvo gran deseo de alcanzar el dón de la sabiduría; despues, siendo mancebo, le pidió muy de véras á nuestro Señor; y siendo ya varon, le alcanzó de manera, que ponía admiracion á los hombres muy ingeniosos y letrados que le trataban, y más á los que lo eran más. Pero, aunque su ingenio era excelente para todas las cosas de letras, particularmente se mostraba y descubria más cuando se ofrecia tratar alguna cuestion nueva y no tratada de otros, y que tenía alguna grande dificultad; porque entonces parece que se despertaba, y echaba toda su fuerza con maravillosa invencion, disposicion y juicio. Así que, cuando trataba alguna cuestion antigua y tratada de otros, parecia que venia á los demas, y cuando declaraba alguna nueva, que se

venia á sí mismo. No solamente tenía acertado ingenio para las cosas sutiles y delicadas que se tratan en las escuelas, pero tambien en las otras de prudencia, como lo muestran los negocios que trató, muchos y de mucho tomo, con los papas y príncipes, y magistrados y repúblicas, y las consultas en que se halló, siendo él consultado, ó consultando él á otros cuando era prepósito general; en las cuales tenía juicio acertado, apartando la paja del grano, y lo que importaba de lo que no hacia al caso, y escogiendo siempre lo mejor. Finalmente, daba tanta luz con su parecer á lo que se trataba, que despues de haberle á él oído, no parecia que había más que decir ni de qué dudar. En el hablar tuvo gran fuerza, y dón de desmenuzar é ilustrar las cosas de manera, que ahora disputase con varones doctos y examinase alguna cuestion sutil y delicada, ora predicase al pueblo y tratase cosas populares, era muy copioso y abundante, y declaraba las cosas difíciles con mucha facilidad, las oscuras con tanta claridad, que las ponía delante de los ojos, y las escolásticas y controversas en las escuelas con unas palabras tan comunes y tan propias, que la gente vulgar las podia muy bien entender; y esto hacíalo con una facilidad y felicidad de ingenio tan grande, que parecia que no le costaba trabajo ninguno, sino que se lo hallaba dicho como queria.

## CAPÍTULO XVII.

De las virtudes más señaladas que resplandecían en el padre Lainez.

Esta excelente doctrina, y maravillosa gracia de hablar y de explicar lo que queria, alcanzó el padre maestro Lainez con su grande ingenio y continuo estudio y ejercicio; pero mucho más con la oracion y meditacion, y con el cuidado que tenía de la puridad de su conciencia. Porque era hombre de grande oracion, y tan ejercitado en ella, que con mucha facilidad en todos los negocios que trataba, y cosas que se le ofrecían, grandes y pequeñas, prósperas y adversas, suyas y ajenas, hallaba á nuestro Señor, y levantaba su corazon destas cosas bajas y rateras á la contemplacion de las celestiales y eternas.

Examinaba muy á menudo su conciencia, y castigaba con rigor las faltas que en ella hallaba, aunque fuesen muy pequeñas; hacia mucho caso de los hombres devotos, simples y llanos, y trataba de mejor gana con ellos que con los letrados que no eran tales, y con la misma devocion leía los libros que no eran curiosos ni de cuestiones sutiles, y de doctrina muy exquisita, sino que dan documentos de virtud y avisos de devocion, y enseñamiento para la reformacion de la vida; y siempre sacaba dellos lo que le parecia más á propósito para su propio aprovechamiento ó de los otros.

Con haber sido de tan grande y de tan claro ingenio, y tan gran letrado (como habemos dicho), con todo eso, le probó nuestro Señor por algun tiem-

po á los principios, y le ejercitó con escrúpulos, que le afligieron mucho, para que él fuese más humilde en sí mismo, y más provechoso para los otros, curándolos desta dolencia, como cirujano bien acuchillado; mas esta probacion del Señor le duró poco tiempo.

Desde su niñez tuvo siempre aborrecimiento á todos los vicios, y más particularmente á los torpes y deshonestos; porque le dió Dios el dón de la limpieza y virginidad, en la cual le conservó hasta la hora de la muerte. Fué tan señalada esta merced, con que nuestro Señor desde niño le previno, que siendo ya mochacho, y oyendo decir aquellas palabras en el Evangelio de Cristo nuestro Señor: «El que quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame»; comenzó á pensar cuál sería la cruz más pesada que en esta vida le pudiese venir; y parecia que para él no habria otro mayor que el casarse y tomar mujer. De aquí vino á dudar si estaba obligado á casarse, para cumplir con esta doctrina del Señor, y llevar acuestas una cruz que á él le parecia intolerable; mas, como fué creciendo en edad y saber, él mismo se rió de su duda.

Resplandecia su ánima con esta joya de la castidad en tanta manera, que salían sus rayos fuera, y comunicaban al cuerpo su claridad y hermosura; porque le tenía tan sujeto y tan obediente á la razon, como si participara della, y no sintiera alteraciones y movimientos sensuales. Y parece que se podia decir del padre Lainez lo que Alejandro de Ales dijo del glorioso y seráfico doctor san Buenaventura, alabando su puridad: *Buenaventura non videtur in Adan peccare*; «Que era tanta la puridad y limpieza deste santo, que parecia que no había pecado en Adan.» Pero, porque estas maneras de hablar y estos encarecimientos no son para historia, dejémoslos, y solamente digamos que fué muy señalado este dón de Dios en el padre Lainez, y que era tanta su pureza, que parecia que estaba en el estado de la inocencia.

Siendo mozo, y predicando en Roma con maravilloso fruto y admiracion, el demonio, que temia la guerra que el padre le había de hacer, quiso derribarle; y para esto tomó por instrumento á una mujer hermosa y liviana, la cual se le aficionó tan desatinadamente, que revistiéndose de Satanás, sin tener cuenta con su honra, ni con la de nuestro Señor, ni con la cristiandad que profesaba, se fué al padre, y buscó modos para hablarle en gran puridad y secreto, y escupió la ponzoña que traía, declarando lo que pretendía con mucha desenvoltura y atrevimiento. Estuvo en este punto el padre Lainez tan sobre sí y tan sin turbarse como si fuera una piedra, y comenzó á predicarle y afearle su desvergüenza, y amenazarla con el castigo de Dios, y usar de todas las palabras graves que supo para compungirla y apagar el fuego que la abrasaba, de su ciega y desapoderada pasion. Mas, aunque él hizo por entonces esto, despues me dijo á mí que lo que se había de hacer en semejantes

casos era atapar los oídos, y no fiándose de la castidad pasada, ni de otras pruebas de resistencias y victorias, levantarse luego el hombre de donde estaba, y dejar á la serpiente con el silbo, y á Satanás burlado, que por ella nos quiere engañar.

Fué muy amigo de la mortificacion y de toda aspereza y penitencia; y así, se disciplinaba á menudo, comia poco y sin ninguna curiosidad; su vestido era pobre y desaliñado; era amicísimo por extremo de la pobreza; nunca tuvo bolsa ni cosa cerrada, ni aún cuando era prepósito general, sino algunos papeles y cosas que tocaban á su oficio.

En los principios de la Compañía, no habiendo en la casa profesa de Roma algunos libros de que él tenía necesidad, se iba al colegio á pedirlos prestados; y siendo la persona que era, y tan conocida, él mismo se los traía debajo del brazo, aunque fuesen de tomo, sin consentir que el compañero se los trujese, por mucho que porfiase.

Era magnánimo y de esforzado corazon; todas las cosas percederas y momentáneas desta miserable vida las menospreciaba de manera, que parece las tenía debajo de los pies; ofreciase á los trabajos y peligros con grande ánimo cuando era menester; no cabía en él espanto de la muerte ni ningun género de temor. De los pobres llagados y enfermos de algun mal contagioso tomaba cuidado para curarlos con gran voluntad. En las tormentas y horribles tempestades de la mar, estando desmayados los muy valientes y esforzados, él se estaba con mucha paz y tranquilidad. En los caminos, andando de noche y de dia entre ladrones y herejes, con grandes peligros, era maravillosa su seguridad, y no menor su constancia en las adversidades, y en las peleas y contiendas que tuvo por la fe y por la verdad, en las cuales no tuvo respeto, ni á los enojos de los príncipes, ni á sus amenazas ni promesas, ni á otra ninguna cosa de las que suelen ablandar y trocar los corazones de los hombres. Mostró esto bien en las córtes de Francia y en el concilio de Trento, como se puede ver en lo que habemos referido. Tambien mostró esta misma fortaleza de ánimo en las persecuciones y trabajos que se ofrecieron á la Compañía, siendo general; á los cuales resistió varonilmente, deshaciendo con el resplandor de la verdad las tinieblas y falsedades que contra ella se oponian. En las enfermedades, muchas y muy graves, con que fué acosado por toda su vida, tuvo gran paciencia, y en la postrera, de que murió, grandísima; y (como dijimos) estando muy apretado della, nunca dejó, mientras que pudo, de predicar, y otras muchas veces, estando fatigado de la gota ó de otros dolores, se hacia llevar al púlpito; porque decía que el buen soldado de Cristo no ha de estar ocioso ni buscar descanso en esta vida, sino morir peleando y con las armas en las manos.

Esta grandeza de ánimo que tenía, era acompañada de una extremada y maravillosa humildad; siempre buscaba y abrazaba las cosas más bajas y